

CAPÍTULO I. GIBRALTAR

Septiembre, 1938.

Llevaba desde primera hora de la mañana con el segundo artículo y se le había atragantado irremediablemente. Dejó la mesa en la que trabajaba, y de pie, miró por la ventana de sucios cristales al exterior, donde la luz de Salamanca iluminaba los más recónditos rincones de las calles del casco viejo. Encendió un nuevo cigarrillo y aspiró el humo con resignación, mientras en su mente bullían diversas soluciones al artículo que se resistía a tomar forma. Le habían comunicado que aquella mañana llegaría Dionisio Ridruejo que venía de visita, no se sabe si oficial o no, a las dependencias de propaganda en la ciudad. Se conocían hacía ya de esto siete años. Una noche en la que recalaron para beber más champagne en uno de los lugares habituales y, Dionisio junto con Eugenio Montes, lo convencieron para que firmara la ficha de afiliación a Falange.

—Buenos días, camarada —la voz sonó a sus espaldas con aquel deje vallisoletano que conservaba Ridruejo por mucho que lo disimulase más tarde, que no era el caso por entonces.

Cornelio se volvió lentamente esbozando el principio de una sonrisa. Allí estaba, en el dintel de la puerta abierta de par en par, el joven y flamante director de Propaganda. Vestía como siempre lo hacía, con guerrera negra sobre la camisa azul, cruzado el correaje sobre el pecho y pelo engominado peinado hacia atrás, aunque no lograra dominar del todo sus cabellos en rebeldía. Pero es que en Dionisio casi todo andaba en rebeldía.

—Te esperaba —fue la lacónica respuesta de Cornelio, quien se apresuró a aplastar el cigarrillo en el cenicero, para cruzar de dos zancadas el despacho, darle un seco apretón de manos y un abrazo de rigor.

Ridruejo paseó la mirada por la estancia y contempló lo poco que había que contemplar. Una desvencijada mesa de despacho que presentaba signos inequívocos de polilla, tras ella una dura y ascética silla de madera oscura de respaldo alto, y en un rincón una estantería llena de papeles y legajos que amenazaba con venirse debajo de modo inminente.

—No me parece que disfrutes de muchas comodidades —agregó con cierto sarcasmo.

—No creo que nadie las tenga, tal y como están las cosas hoy en día —aceptó Cornelio.

—Cambiarán las cosas, ya lo verás —y una sonrisa enigmática afloró a su cara, para añadir a continuación— muy pronto. Vístete adecuadamente y ven conmigo.

Cornelio Carbajal llevaba la camisa abierta, la corbata colgaba junto con la guerrera y el correa del respaldo de la silla y se apresuró a recomponer su figura en un tiempo récord. Dionisio encendió a su vez un cigarrillo y aguardó a que su camarada recogiese del escritorio los papeles que había diseminados encima. Luego abrió un cajón, sacó una pistola de pequeño tamaño y se la guardó en el bolsillo del pantalón. Sin más dilación Dionisio se puso en marcha y ambos salieron de la oficina. Cornelio lo seguía sin preguntar de qué se trataba todo aquello, aunque no le preocupaba en exceso pues estaba acostumbrado a la forma de actuar de su camarada.

—¿Dónde vives aquí en Salamanca? —preguntó al llegar a la calle.

—En una pensión muy cerca, dos calles más abajo —repuso Cornelio.

—Vete y haz el equipaje, te vienes conmigo a Burgos esta misma tarde.

—¿Uniforme o ropa de paisano? —preguntó extrañado.

—Las dos cosas, estaremos fuera algún tiempo —no precisó ningún detalle más por el momento—. Cuando lo tengas preparado vuelve aquí —ése es mi coche— y señaló un Fiat negro aparcado junto a la acera de enfrente.

Tardó poco menos de quince minutos en regresar y Ridruejo lo esperaba al volante del Fiat mientras hojeaba algunos papeles que corregía con trazos nerviosos. Los introdujo en un portafolio de cuero negro y puso en marcha el motor.

—Podríamos comer algo —dijo mirando la hora en su reloj de pulsera—, luego tengo que hacer un par de gestiones y a continuación para Burgos. ¿Conoces algún lugar sencillo donde podamos almorzar?

—Hay uno bastante decente frente al ayuntamiento, yo como allí casi todos los días.

—Pues ese mismo —y giró el volante para despegarse de la acera.

El mesón, pues no llegaba a restaurante, estaba a aquella hora bastante lleno. Muchos parroquianos comían arracimados en las mesas y otros departían en la barra mientras tomaban vasos de clarete. Cornelio habló con el patrón que les prometió un sitio tranquilo en poco tiempo. Pidieron un vaso de tinto para cada uno y se acodaron en uno de los escasos huecos que quedaban libres. Ambos vestían casi idénticamente, sólo que en el bolsillo izquierdo de Dionisio, bajo el emblema del yugo y las flechas bordado, refulgía una estrella plateada de cuatro puntas. En cambio en el mismo lugar del uniforme de Cornelio brillaba con menos fulgor un solo yugo de plata. Uno era un jefe divisionario de milicias y el segundo, jefe de bandera solamente.

Una vez sentados a la mesa que les correspondió y pedido un sencillo menú, Dionisio no quiso retrasar más tiempo la verdadera razón que le había llevado allí y habló con voz pausada bajando el volumen.

—Hoy dormiremos en Burgos y mañana saldremos para Gibraltar, donde nos recogerá un barco que nos llevará a Italia.

Aguardó unos segundos para ver la reacción en el rostro de Cornelio Carbajal, pero como no se produjo ninguna continuó con su monólogo:

—Formas parte de una delegación que pasará allí algún tiempo, casi un mes –puntualizó– y que va a tratar de poner un poco de orden en nuestras relaciones con el Gobierno del Duce, que un imbécil estropeó en su día. Así que si no tienes nada que objetar y quieres despedirte del alguien en concreto o ponerte en contacto con la familia puedes hacerlo. Eso sí, cuantos menos detalles des mejor para todos.

Cornelio se encogió de hombros y siguió comiendo el plato de lentejas que habían colocado frente a ellos. De sobra sabía Dionisio que no hay prácticamente nadie de quien despedirse. En cuanto a su labor en Propaganda en Salamanca al único que debía cuentas era a Ridruejo, y lo tenía frente a él en ese momento. Aquella noticia lo había puesto de buen humor, un viaje así no se lo daban a cualquiera y menos en plena guerra, con las dudas sobre cuánto duraría que todavía los embargaba a todos. Hablaron el resto de la comida de banalidades y dieron buena cuenta de las chuletillas de cordero que les trajeron, mientras despachaban una nueva jarra de vino.

Dos horas más tarde enfilaron con el Fiat la carretera de Burgos, que se encontraba como todas en aquellos días en pésimo estado. Sufrieron los controles de rigor, hubieron de detenerse varias veces por recalentamiento del motor y por fin, pasada la media noche llegaban a un Burgos sombrío y silencioso. Dejaron el coche frente al cuartel general de milicias y subieron a las habitaciones que les tenían preparadas. No había en ellas más que una cama de hierro, una silla y una mesita metálica como las que usan en los hospitales.

—Dentro de diez minutos –dijo Dionisio antes de desaparecer en la suya– baja al comedor. Creo que nos darán algo parecido a una cena.

Efectivamente, era algo parecido. La sopa estaba casi templada, el pan era un chusco duro y resistente y el se-

gundo plato un trozo de tortilla española que bien podría haber sido hecha el día anterior en el frente de Madrid.

—Mañana a las nueve —precisó al terminar el pobre refrigerio— hay que estar en el Ministerio de Educación. A las nueve en punto, te avisaré una hora antes.

— * —

Tal y como había prometido, a las ocho en punto golpeó la puerta con los nudillos y Cornelio se arrojó de la cama. El desayuno no fue mucho mejor que la cena, un poco de café insípido, sucedáneo de mantequilla y otra ración del mismo pan. Aunque el desayuno dejó de tener importancia cuando Ridruejo le dijo quiénes compondrían la delegación que iría a Italia.

—Nos acompañará por parte del Ministerio, un tal Eugenio Quintana —comenzó diciendo—, es quien financia y promueve el viaje. Además vendrán, agárrate a la mesa, Pilar Primo de Rivera —y enarcó la ceja derecha un poco burlonamente—, Carmen Werner que la acompaña, la escritora Carmen de Icaza que ya me acompañó en el viaje a Alemania hace un año y es persona muy fiable, don José María Pemán, Eugenio Montes y tú y yo por supuesto.

Dejó pasar un buen rato antes de levantarse para que Cornelio digiriese la lista de integrantes y sólo, cuando hubo terminado el primer cigarrillo del día, se incorporó dispuesto a salir para cumplir con la cita.

— * —

Viajaron con Montes instalado lo más cómodamente en el asiento trasero camino hacia Algeciras a la mañana siguiente. Los tres vestían de paisano y aquello les complicaba un poco el paso de los innumerables controles que había en todas las carreteras. Un asistente había planchado y cepillado los uniformes que iban cuidadosamente plegados en el maletero del Fiat. Montes era un hombre inteligente y culto que amenizó adecuadamente el áspero

viaje con diversas e interesantes anécdotas sobre los lugares que dejaban atrás. Fue un viaje duro, por etapas, marcadas por el maldito radiador del automóvil y del que sólo descansaban un poco cuando se detenían en alguna venta de carretera para comer algo. Llegaron por fin a Algeciras extenuados, pero felices de encontrarse allí. El hotel donde tenían habitaciones reservadas fue toda una sorpresa. Construido por los ingleses que habían hecho el trazado del ferrocarril, ocupaba un lugar privilegiado frente a la bahía y poseía, algo inaudito en aquellos días, un hermoso jardín delante de su fachada. Se llamaba Hotel Cristina.

—Aquí estaremos hasta que lleguen los demás por los medios que hayan podido procurarse —nos aclaró Dionisio—, así que voy a tumbarme un rato y nos veremos un poco antes de la cena.

Montes y Cornelio prefirieron subir a las habitaciones con el equipaje para reunirse a continuación en el jardín donde había unas mesas para los huéspedes. Olían los macizos de flores con ese aroma intenso que sólo se da en el sur, graznaban las gaviotas en el aire sobre la plata del mar al atardecer y parecía que la España crispada y guerrera se había eclipsado por un momento.

—Tienes razón —le dijo Montes cuando se lo hizo notar—, espero que algún día todos los días se parezcan a éste.

Las copas de vino de Jerez que les habían servido para endulzar la espera sirvieron más para ponerlos melancólicos que para despertar su locuacidad. Así que cuando Eugenio Montes le hizo una pregunta, Cornelio estaba tan absorto que ni lo oyó.

—¿Perdón? —tuvo que rogarle.

—Te preguntaba, si me permites el tuteo, que ¿a qué te dedicabas antes de la guerra?

—Soy un historiógrafo metido a columnista literario —le aclaró—, escribo para cualquier periódico que quiera contratarme y pague bien. Bueno, lo era antes...

Montes sonrió comprensivo y apuró el resto de su copa, aunque no pudo responderle, ya que la llegada de un gi-

gantesco coche a la puerta del hotel los distrajo. En el gran automóvil con asientos supletorios viajaban todos los que faltaban. Conducía el secretario del Ministerio Quintana y dentro venían Pemán, visiblemente agotado, Primo de Rivera, la señorita Werner y Carmen de Icaza. Una vez hechos los saludos de rigor y mientras Pemán se iba directamente al dormitorio, los demás tomaron asiento en una improvisada reunión que fue animándose paulatinamente.

—¿Dónde está don José María? —preguntó Ridruejo al bajar para acompañarlos.

—Arriba, en el dormitorio —le aclaró Quintana—, ha pedido una sopa y una tortilla de dos huevos y piensa tomar revancha del cansancio que traía.

Todos aceptaron un poco aliviados, pues aunque Pemán era bastante soportable, su presencia aquel primer día parecía intimidar a alguno de los reunidos. Cornelio escrutó dentro de los límites de lo educado a todos los contertulios y Dionisio que advirtió la actitud permaneció a la expectativa con gesto divertido. Pilar era un poco tímida en exceso, la Werner más locuaz y malagueña de nacimiento tenía un algo indefinible que la emparentaba con la alta sociedad y Carmen de Icaza mucho más mundana, enseguida tomó las riendas de la conversación. Carmen era una mujer cosmopolita, hablaba alemán e inglés como una nativa, había vivido años en Berlín, mientras su padre ejercía de embajador de México y la verdad es que Cornelio quedó deslumbrado por ella desde el primer instante. Ridruejo lo sabía de antemano y le divertía ferozmente, casi todos los que la conocían sufrían la misma conmoción. Otra cosa era que Icaza les hiciera caso.

—Creo que ha llegado la hora de la cena —sugirió Montes desde la silla que ocupaba, advirtiendo las discretas señas que hacía al grupo una de las camareras.

Tomaron asiento en el comedor y por indicación de Dionisio presidió una cabecera Eugenio Montes y la otra, no sin algunas tímidas protestas, Pilar Primo de Rivera. A Cornelio para su secreta satisfacción le tocó puesto al lado de Carmen y a Ridruejo entre la Werner y Quintana, el

del Ministerio. La cena fue más que decorosa, pues tras un consomé aceptable, sirvieron un arroz con almejas y luego pez espada frito. Algo impensable en Burgos o Salamanca. El pan fue lo que más gustó a los comensales, era un pan de trigo entero, horneado en moldes y cortado en rebanadas recién terminado de sacar del horno. Fue una cena divertida en la que todos quisieron aventurar qué podrían encontrar en Italia, aunque sólo Carmen que ya había estado antes pudo darles unas ideas bastante vagas.

—Italia —dijo ella con la determinación que la caracterizaba— hay que conocerla sobre el terreno. Lo demás son tópicos típicos.

La mañana siguiente amaneció esplendorosa, un fulgurante sol bañaba la bahía y Gibraltar a lo lejos se desderezaba la niebla que lo tapaba. Antes de las ocho todos esperaban los desayunos impacientes. No era el hambre la razón, la razón estaba en que una cierta ansiedad por los acontecimientos los embargaba como un frenesí. Pemán leía sentado en uno de los sillones y se unió al grupo inmediatamente. Sirvieron los desayunos y todos se dispusieron a despachar rápidamente el trámite alimenticio. Pemán parecía algo absorto, mordisqueó un poco el pan, bebió el café y se sirvió otra taza inmediatamente. Quintana hablaba y comía sin descanso, mientras Cornelio sentado al lado de Carmen procuraba estar atento a sus deseos. La Werner y Pilar desayunaron como pájaros y subieron a retocarse antes de estar listas para la partida. No es que Pilar necesitase muchos retoques, pues todos habían advertido que era algo descuidada en el atuendo o quizá precisamente por eso la Werner había decidido echarle una mano.

—He pensado —dijo Quintana entre mordisco y mordisco— que deberíamos dejar aquí los coches, estacionarlos en Gibraltar no me parece lo más adecuado.

—El hotel dispone de chófer —apuntó Dionisio—, se lo he preguntado al director. Podría llevarnos en dos viajes y regresar con tu Chevrolet. Al regreso sería más fácil recuperarlos aquí o que alguien se encargue de ello.

—Pues no se hable más —aceptó Quintana y se dispuso a untar de mermelada la séptima rebanada de pan.

Dos horas más tarde salía la primera expedición para Gibraltar. Algún tiempo después, pues la distancia no era notable, volvió el automóvil y cargó los equipajes restantes y subieron en él Montes, Dionisio y Cornelio. Tras mostrar la documentación en la verja de entrada, donde también había un puesto de aduana, miraron por encima el maletero y les dieron paso sin más dilación. Tuvo que ver mucho el chófer del hotel, al que aquellos trámites le venían ya de muy lejos, por haberlos hecho antes y además se defendía en inglés como un perro de caza setter. Cornelio se dio cuenta entonces que todavía conservaba en el bolsillo del pantalón la pequeña pistola que había cogido en su despacho de Salamanca. Se abstuvo de comentarlo con nadie, pues hubiera sido un conflicto bastante inesperado que se la hubieran encontrado los policías en la frontera. Pues aunque nos les gustase, la verja no era más que una frontera. Lo recordaban a cada paso los policías ingleses con sus uniformes azules de botones plateados y los altos salacots que llevaban.

Desde la oficina de fletes y pasajeros donde depositaron los equipajes podía verse el puerto. Y un poco a lo lejos, pero suficientemente cerca para quedarse asombrado, el barco que los llevaría a Italia.

—Ése es nuestro barco —dijo un poco admirado Quintana señalándolo el primero.

Cierto es que era para admirarse. El barco en cuestión, un trasatlántico descomunal, daba la impresión de ser un gigantesco casco de metal, sobre el que una ciclópea grúa hubiese colocado un monstruoso edificio de diez pisos.

—Se llama el *Rex* —apuntó Quintana quien ya se había informado— y es casi tan largo como cualquiera de los *Queen*. Por cierto —dijo ahondando en algo que siempre le interesaba— ¿dónde desean ustedes almorzar?

Miraron la hora y aunque estaban dispuestos a mantener la cultura española era ya la una del mediodía. Casi el momento en que los de costumbres inglesas ya hubieran comenzado el último plato. Estaban en la parte civil del

peñón, entre las calles Casemates Square y la calle Real, según les hizo notar Carmen de Icaza, aquél era el meollo comercial de la urbe.

—A mí me gustaría dar una vuelta —dijo Cornelio—, aunque sea pequeña. Me gustaría curiosear por ahí —y añadió a modo de disculpa—, estaré muy pronto de regreso.

—Un poco más abajo —matizó Carmen— hay un restaurante decente y asequible, se llama El Patio. ¿Podríamos quedar allí en una hora?

Todos estuvieron de acuerdo y según los gustos de cada uno se dispersaron un poco a curiosear las tiendas cercanas.

—Yo me voy con usted —dijo Carmen tomando del brazo a Cornelio—. Así tendrá además de compañía una intérprete —y parecía que se estuviera disculpando, aunque para el que la conociera de antemano le sería muy difícil pensarlo.

—De acuerdo pues, vamos —y comenzaron por dirigirse hacia la calle Real.

Comparado con la península era un mundo de ensueño. Las tiendas abarrotadas de miles de productos, con las fachadas componiendo un mosaico de colores, el bullir de las personas que iban y venían por diversos motivos y el orden que se veía en la marea humana constituían por este simple motivo la visión de otro planeta. Carmen decidida buscó un lugar donde comprarse unos pares de medias, cosa que le dijo a Cornelio sin el menor rubor.

—A mí me gustaría comprar algunos cigarrillos —apuntó él tratando de quitarse de en medio.

—Allí hay una tienda de tabacos y licores —señaló la acera cercana—, yo mientras entraré en ésta. Lo espero en la puerta en quince minutos como máximo.

Cornelio entró en la tienda y contempló durante largo rato los innumerables licores de las estanterías. Miró los cigarros puros de medio mundo que se alineaban en los anaqueles y se decidió por fin por unos cartones de cigarrillos americanos.

—Dos cartones de Camel y uno de Lucky —dijo al dependiente—. Póngame además un cartón de cigarrillos egipcios.

Los había probado una vez y recordaba el aroma dulce y pleno de aquellos cigarrillos que eran largos y ovalados. Pensó por un momento que quizá había sido un poco impulsivo, pues no tenía en el bolsillo otra moneda que la española, pero esperó a que el chico hubiera hecho la cuenta. Se entendían bien, pues a la primera palabra, advirtió que el muchacho hablaba llanito, la lengua propia de los españoles que vivían o trabajaban en el peñón.

—Supongo que quiere pagarme en pesetas —dijo el chico sin darle mayor importancia.

—Así es —asintió extrayendo algunos billetes de la cartera.

Pagó ciñéndose lo más posible a la cantidad exacta y dejó la vuelta como propina. No estaba muy seguro de qué tipo de monedas le hubiera devuelto como cambio. En la calle ya esperaba Carmen con su paquetito en la mano. Le sorprendió el hecho de que fuera tan eficaz tras haber entrado en una tienda de modas.

—¿Ya está usted listo? —preguntó ella unos metros antes de que se reunieran.

—Listo y dispuesto a invitarla a un aperitivo —repuso sin mucha convicción.

—No esperaba otra cosa de un galante caballero —y tomándolo del brazo lo condujo de vuelta a una taberna que tenía en la calle varias mesas bajo amplio toldo blanco.

Buscaron acomodo y se sentaron al aire libre. Mediaba el mes de septiembre y con el buen tiempo de aquella zona, casi parecía que estuvieran en pleno verano. Carmen encargó en perfecto inglés al camarero dos vinos de Jerez secos como gustaban en aquella ciudad y encendió un cigarrillo mientras aguardaba. Regresó el camarero y depositó éstos en el immaculado mantel de hilo, colocó a su lado un platito con galletas pequeñas y saladas y los dejó solos. Cornelio abrió el cartón de Lucky y extrajo un paquete, jurándose mientras tanto que dejaría cuando fuera posible el tabaco cuartelero que había tenido que fumar hasta entonces. Carmen dio un pequeño sorbo a la copa de fino y luego aspiró el humo de su cigarrillo.

Había en aquel gesto un algo contenido que tenía mucho de inquisitivo.

—¿Así que está con Dionisio en Propaganda?

—Bueno exactamente así es, aunque él de momento se encuentra en Burgos y yo en Salamanca.

—Ah, Salamanca. Prefiero Salamanca —añadió convencida—, ¿y qué hacía antes? Antes de la guerra naturalmente.

—Hacía columnismo literario y todo lo que me hiciera ganar algo de dinero, aunque le aseguro que no era precisamente Valera.

—Valera —pensó un momento—, don Juan Valera, el columnista mejor pagado de España en su tiempo. ¿No es así?

—Eso decían —asintió él mientras esbozaba una sonrisa cordial y se admiraba de la capacidad de respuesta que ella tenía en esos temas.

—¿Y no escribe novela o algo así? —Quiso saber ya embalada por la curiosidad.

—Novela precisamente no me he puesto a ello, lo confieso. Aunque he publicado un par de libritos de poesía.

—Entonces es usted poeta como Dionisio —asintió, y parecía muy satisfecha—. Yo también he hecho algunas cosas —matizó con prudencia— y aunque el periodismo me sirve para lo que a usted, para ganar algo de dinero, me tira mucho la novela y el teatro.

Cornelio convino para sus adentros que era mucho más la modestia quien hablaba que la autora que sospechaba tenía delante de él, pero aguardó a que finalizara. No continuó y por un instante el silencio se hizo cargo de la situación. Terminaron el jerez y encendieron un cigarrillo de nuevo, él se apresuró a tenderle uno de los suyos.

—Tenga usted —dijo—, no están del todo mal.

—No, tiene usted razón, no están del todo mal, pero una se acostumbra a lo que tiene y hoy por hoy hay en España muy poco a mano. ¿Le importaría que nos tuteásemos? Creo que vamos a hacer un largo viaje juntos y el tuteo facilita mucho las cosas.

—Estaré encantado de hacerlo —asintió con prudencia.

Aquella mujer había empezado a fascinarlo. Carmen de Icaza como él ya había comprobado y muchos le dirían más tarde, no sólo era un mujer notoriamente bella, sino que además era una mujer con una cultura y una dotes de mundo más que notables. Y cualquiera estaría de acuerdo viéndola sentada en aquella terraza de Gibraltar, con una cigarrillo en la mano, con su traje de chaqueta gris perla, las piernas indolentemente cruzadas sin perder un ápice de su elegancia y el foulard que le caía sobre los hombros ondeando al impulso de la leve brisa que presagiaba un otoño inminente.

—De acuerdo entonces —asintió satisfecha—, pidamos otra copa para sellar nuestro pequeño pacto.

Mientras hacía un gesto al camarero para que se acercara, tuvo que pensar que también ella era capaz de convertir cualquier banalidad en un hecho que parecía absolutamente trascendente. Y ésa era otra de sus cualidades como comprobaría más adelante. Al llegar las bebidas le tendió un billete para que fuese cobrándoselas ya que tampoco andaban muy sobrados de tiempo. Repitió el gesto de la tienda de licores y le dejó el cambio escéptico del tipo de vuelta que le daría.

—Deberías haberme dejado pagar a mí esta segunda copa —dijo ella con absoluta naturalidad— al fin y al cabo fui yo quien la pidió.

—De ningún modo, un caballero nunca debe permitir que pague una dama.

—Mi querido Cornelio —puntualizó con una deslumbrante sonrisa—, tiene usted que aprender muchas cosas de las costumbres que rigen en el resto de Europa. Creo que le vendrá muy bien este viaje a Roma —y no había ni un ápice de tono burlón ni despectivo en sus palabras, más bien al contrario.

Cuando llegaron ya estaban todos atrincherados en la mesa tomando un aperitivo. Había una pequeña torre de Babel en torno a ellos, pues las conversaciones iban desde la que mantenían Montes y Pemán, hasta los asuntos

técnicos que debatían Quintana y Dionisio, pasando por algunos misteriosos circunloquios en las que estaban enfrascadas Pilar y la Werner. El menú estuvo a gusto de todos incluido el gusto de Quintana, que sólo refunfuñó un poco a la hora de hacer efectiva la cuenta. Pero había que reconocer que los langostinos y las gambas de Huelva, junto con el vino blanco de Cádiz merecían la pena. Otra cosa fue el rosbif que a Pemán hubo que cambiárselo por un plato de pescado según esgrimió él, por causa de las malas digestiones que venía padeciendo desde días atrás.

A las cuatro de la tarde estaban en el muelle esperando la lancha de pasajeros que los llevaría a la nave. Según se iban aproximando al *Rex* la proporción entre la pequeña motora y el navío se hizo patente. Era la de un corcho comparado con una inmensa bañera. La pasarela de embarque parecía perderse en las alturas y pudieron comprobar que la subida imponía. Así que Dionisio tomó del brazo a Pilar Primo de Rivera y valientemente inició el ascenso. Los demás, por parejas, le imitaron y es muy posible que alguno de ellos hubiese contenido la respiración hasta llegar a la portilla de entrada.

Lo primero fue instalarse en los camarotes que les habían correspondido. Así que siguieron a uno de los sobrecargos por un Dédalo de pasillos alfombrados suntuosamente y llegaron a la segunda cubierta donde se alojarían. Quintana siempre atento a los gastos, había dispuesto que lo hiciesen por parejas en lo posible a fin de ahorrarse unas pesetas tan necesarias. Pilar y la Werner entraron en el primero, Montes y Quintana en el segundo, a Dionisio, que no le hizo ninguna gracia, le tocó compartir con Pemán y Carmen de Icaza junto con Cornelio pudieron disfrutar de camarote individual. No eran suites de lujo, pero no estaban nada mal y además contaban con todo lo necesario para el aseo diario. Mientras se instalaban, el sonido de la sirena central llegó hasta ellos nítidamente. Y unos minutos más tarde cierto trepidar del suelo del camarote indicó que había comenzado la singladura.